Bulo

Verano/12

(*Por Adolfo Castelo*) Si hay algo que la impudicia del verano todavía no entregó totalmente es la intimidad del bulo. En un tiempo en el que el sudor y los agujeros de ozono están de moda, y la desnudez del cuerpo nos advierte que arribó la moral del calor, el bulo defiende su misterio aún con las ventanas abiertas.

El estilo de convertir lo cotidiano en insoportable y lo trivial en desmesurado, propio del espíritu del invierno, se invierte en esta época y todo aparece envuelto en un halo de frivolidad que no hace serio ni recatado nada de lo que se intente encarar. Es posible que el verano haya descuidado su promoción y sólo la haya basado en el ocio y el bronceado albañil. El recato y la elegancia son prendas que adornan y estimulan el invierno; en cambio el verano y sus ámbitos naturales que son las playas y las corrientes de aire provocan no sólo menos ropa y públicas costumbres, sino la posibilidad única en el año, de mostrarse tal como uno sabe que es. Pero el bulo se ventila y nunca se muestra, quizás cambia sus luces coloradas por otras celestes más frías y el ventilador de techo enmaraña los pelos y el aire acondicionado enfría los pechos y hiela los cuatro pies. Pero el bulo que parece superficial como el verano, en el fondo de su corazón siempre es cálido en sus costumbres y esquemático en sus mañas. Por eso en el verano sufre y se resiste a entregar a los vecinos todos sus secretos y estrategias: no quiere mostrar su elenco ni le interesa que se conozcan sus afiebradas citas. El bulo tiene su ética y una amoralidad rígida que le impide mostrar sus entrañas y que, como las disco de día, cuando el sol se les cuela, muestran los hilos de su careta.

Por suerte los deseos no han sido abolidos y mucho menos colmados; abandonemos el bulo por tres meses y vayamos al encuentro de alguien como nosotros que necesite preservar su intimidad en lugares frescos y solitarios. Qué distinto es el mundo, el barrio, la vereda de enfrente, la pared del living, el techo del dormitorio, la luz de la lámpara o la luna entre los árboles, visto de a dos. Uno solo hace inventario, dos hacen recuerdos y quizás una historia. Una historia de verano sin bulo. Con todo el aire. El bulo muy agradecido, los vecinos aliviados y el encargado de la casa, con muchas menos excusas para extorsionarnos a fin de mes.

TIERRA A LA VISTA

El sueño de la isla propia –quimera que apenas esconde la compulsión de la fuga hacia adelante– está presente en todo ser humano. A mediados de los 60, un actor complicado y genial llamado Marlon Brando hizo realidad esa ilusión. Lo que sigue está extraído de su reciente autobiografía –*Canciones que me enseñó mi madre* (Atlántida)– escrita junto al periodista Robert Lindsay para "que mis hijos puedan separar la verdad de los mitos que otros han creado sobre mí".

Los momentos más felices de mi vida fueron los que pasé en Tahití. Si alguna vez me acerqué a encontrar una paz genuina fue en mi isla, entre los tahitianos. Cuando fui por primera vez, estúpidamente pensé que usaría mi dinero para ayudarlos. En cambio, me di cuenta de que no tenía nada que darles y que ellos podían darme todo.

Tahití ha ejercido influencia en mí desde la adolescencia. Empezó en la biblioteca de Shattuck, donde solía hojear el *National Geographic*, y siguió después de que fui a Nueva York y recorrí bibliotecas en busca de cualquier libro que mencionara a Tahití, así como los archivos fílmicos del Museo de Arte Moderno en busca de imágenes de la Polinesia.

Durante un descanso de la filmación de *Motín a bordo*, me trepé a una de las montañas más altas de la isla de Tahití junto con un amigo tahitiano. En la cima, señaló al norte y me preguntó: "¿Alcanzas a ver esa isla de allá?"

No veía nada.

–¿No ves esa pequeña isla de allí? Se llama Teti'aroa.

Por fin alcancé a ver una delgada lengua de tierra que se recortaba contra el horizonte a unos sesenta kilómetros de distancia, y muy pronto ejerció una atracción tan mística sobre mí como la misma Tahití. Les pregunté a otros amigos tahitianos por ella y me dijeron que era propiedad de una anciana norteamericana ciega llamada Madame Duran. Pomerae V, el último rey de Tahití, se la había regalado a su padre, un doctor llamado Williams que había vivido allí durante ocho años, establecido una plantación de cocoteros y después fue enterrado en ella. Tras su muerte, Madame Duran se había hecho cargo y también había vivido en la isla muchos años.

Después de que se terminó la película, seguí pensando en Teti'aroa y releí mis libros sobre Tahití para ver si la mencionaban. Somerset Maugham había escrito sobre el lugar y descubrí que un leproso había pasado la mayor parte de su vida allí. Un amigo, Nick Rutgers, me dijo que una vez había visitado la isla y que conocía a Madame Duran; se ofreció a llevarme y presentármela, de manera que volví a Tahití. No había vuelos a la isla, así que tuve que contratar a un pescador para que nos llevara. A medida que nos acercamos a la isla, me di cuenta de que la delgada lengua de tierra que había visto desde lejos era mucho más grande que lo que había pensado y más extraordinaria que cualquiera de mis fantasías.

En realidad, Teti'aroa estaba formada por varias islas; era un atolón de coral que sobresalía unos centímetros por encima del nivel del mar y que abarcaba alrededor de seiscientas hectáreas donde había una docena de islas, la más grande de las cuales rodeaba una amplia laguna en forma de medialuna, cuya belleza lo dejaba a uno sin aliento. Doce variedades diferentes de pájaros nos observaban mientras vadeábamos la costa; delante de mí, gruesos grupos de cocoteros se erguían sobre la arena como brigadas de centinelas adornados con coronas de plumas; por todas partes, anchas playas de arena se extendían ante mi vista. La laguna tenía alrededor de diez kilómetros en su punto más ancho y el agua cristalina resplandecía con más tonos de azul que los que era posible imaginar: turquesa, azul profundo, azul claro, índigo, azul cobalto, azul marino, celeste, aguamarina. Mientras admiraba esa asombrosa paleta, varias nubes chatas de un blanco impoluto se deslizaban por el cielo a unos seiscientos metros de altura, como si desfilaran y yo les estuviera pasando revista. Por un breve instante, una sombra cayó sobre la isla, luego se movió y el sol volvió a brillar como satén sobre los tumultuosos colores de la laguna. Era mágico.

Madame Duran, que vivía sola en la isla excepto por la compañía de su amiga y ayudante Annie, me dio una cálida bienvenida. Hablamos varias horas sin parar. Aislada como estaba, sabía que yo era actor. Rara vez dejaba la isla, pero tenía una radio que constituía su único vínculo con el mundo y una vez me había escuchado en una entrevista. Parecía solitaria, pero estaba llena de energía, curiosidad, vitalidad y sabiduría. Estaba ciega desde hacía casi veinticinco años, pero podía distinguir la luz de la oscuridad. Vivía con comodidad, según decía, en una pequeña casa hecha de coral y cemento, y se movía por la realidad usando una técnica inventada por ella: había atado alambres de un árbol a otro y los usaba para guiarse por la isla, agarrándose con un trapo atado alrededor de la mano. Cuando llegaba a un árbol, tanteaba hasta encontrar el otro lado, luego se agarraba del siguiente alambre y seguía caminando.

Madame Duran estaba ansiosa por escuchar cualquier novedad sobre los Estados Unidos, y me contó historias sobre la isla –acerca de su padre, de naufragios y de viejos amigos tahitianos– y hasta el día de hoy lamento no haberlas escrito. Como compañía la tenía a Annie, una anciana en parte china, y por lo menos a cuarenta perros y gatos, la mayoría de los cuales se instalaban en la sombra que nos rodeaba a medida que caminábamos. Su preocupación mayor eran los cazadores de perros de Tahití. Cada vez que intentaban poner un pie en la isla, los corría a paraguazos.

Fue una visita agradable y unos meses después volví a la isla y le llevé un pastel de manzana. Yo le había caído bien, y ella a mí, y le pedí que me contara más acerca de la historia y la magia de Tahití. De nuevo, hablamos durante horas. Percibí que tal vez le preocupara su salud, pues iba envejeciendo, y le pregunté si nunca había pensado en vender la isla. "No –me respondió–, no creo."

Pero dos o tres años más tarde recibí una nota suya en la que decía que estaba pensando vender Teti'aroa, pues había tenido una caída bastante seria y tendría que mudarse a la ciudad donde había nacido, Vallejo, en California, para que la atendieran. Cuando le pregunté cuánto quería por la isla me dijo que 200.000 dólares. Después de hacer el trato, llamé al gobernador de Tahití, un francés, y le dije que planeaba comprar la isla si les resultaba aceptable a los tahitianos y al gobierno francés. Después de reunirse con su gabinete, me aseguró con todo entusiasmo que era bienvenido a la comunidad, pero aclaró que llevaría un poco poner los papeles en regla y que me avisaría cuando estuvieran listos. Intrigado por la demora, pregunté: –¿Se le ocurre algún motivo por el cual no se me concediera un permiso para comprar la isla?

–Oh, no –respondió–, estamos encantados de tenerlo entre nosotros. Estamos orgullosos de que venga.

Un año más tarde, el papeleo todavía no se había terminado y el gobernador dejó el cargo. Su último día en el gobierno, recibí un telegrama que declaraba: "Se le ha negado permiso para comprar la isla de Teti'aroa".

Pensé que era el final del asunto, pero a la vez siguiente que visité Tahití, fui a la isla a ver cómo andaba Madame Duran. Lo primero que me dijo fue que estaba desilusionada de que hubiera cambiado de idea, pero que ya tenía otra oferta, de un hombre de negocios norteamericano, que había sido aprobada por el gobierno. Estaba dispuesta a aceptarla.

Me quedé conmocionado y le dije:

–Madame Duran, yo quería comprar la isla y todavía quiero hacerlo, pero me negaron el permiso de compra.

–¿Cómo es posible que le negaran el permiso?

–No lo sé.

Exclamó:

–Los políticos de aquí son más torcidos que cola de chancho. Siga insistiendo.

Poco tiempo después me hallaba en París y decidí visitar al hombre que había sido designado nuevo gobernador de Tahití, un corso suave y encantador. Después de un par de horas de intentar asegurarle que sería un buen vecino, me dijo que el gobierno no interferiría en mi camino si quería comprar la isla y Madame Duran todavía quería vendérmela. Me puse en contacto con ella, pero me dijo que estaba a punto de firmar un contrato para venderle Teti'aroa al hombre de negocios por 300.000 dólares. Le conté lo que me habían dicho en París, pero también le aclaré que tanto no podía gastar.

–Bueno –me dijo–, yo le pedí que pagara doscientos mil y usted aceptó, de manera que ése será mi precio.

–Duran –le respondí–, no puedo hacer eso. Es injusto. Si puede conseguir 300.000 dólares por la isla, por favor acéptelos.

–No –insistió ella–, es suya si la quiere. Lo único que le pido es que no corte ninguno de los árboles Tow.

No sólo le hice esa promesa sino también la de conservar la isla en su estado natural lo más posible. Mantuve dichas promesas. Nadie, de paso, me pidió jamás una coima. No la habría pagado si lo hubieran hecho, si bien supongo que las coimas empiezan con una sonrisa que uno no tuvo intención de hacer y yo utilicé tanto encanto como pude para convencer al gobierno.

Insté a Madame Duran a que conservara su casa y viviera en ella el resto de su vida, pero me respondió:

–No, ahora es suya. Me vuelvo a Vallejo.

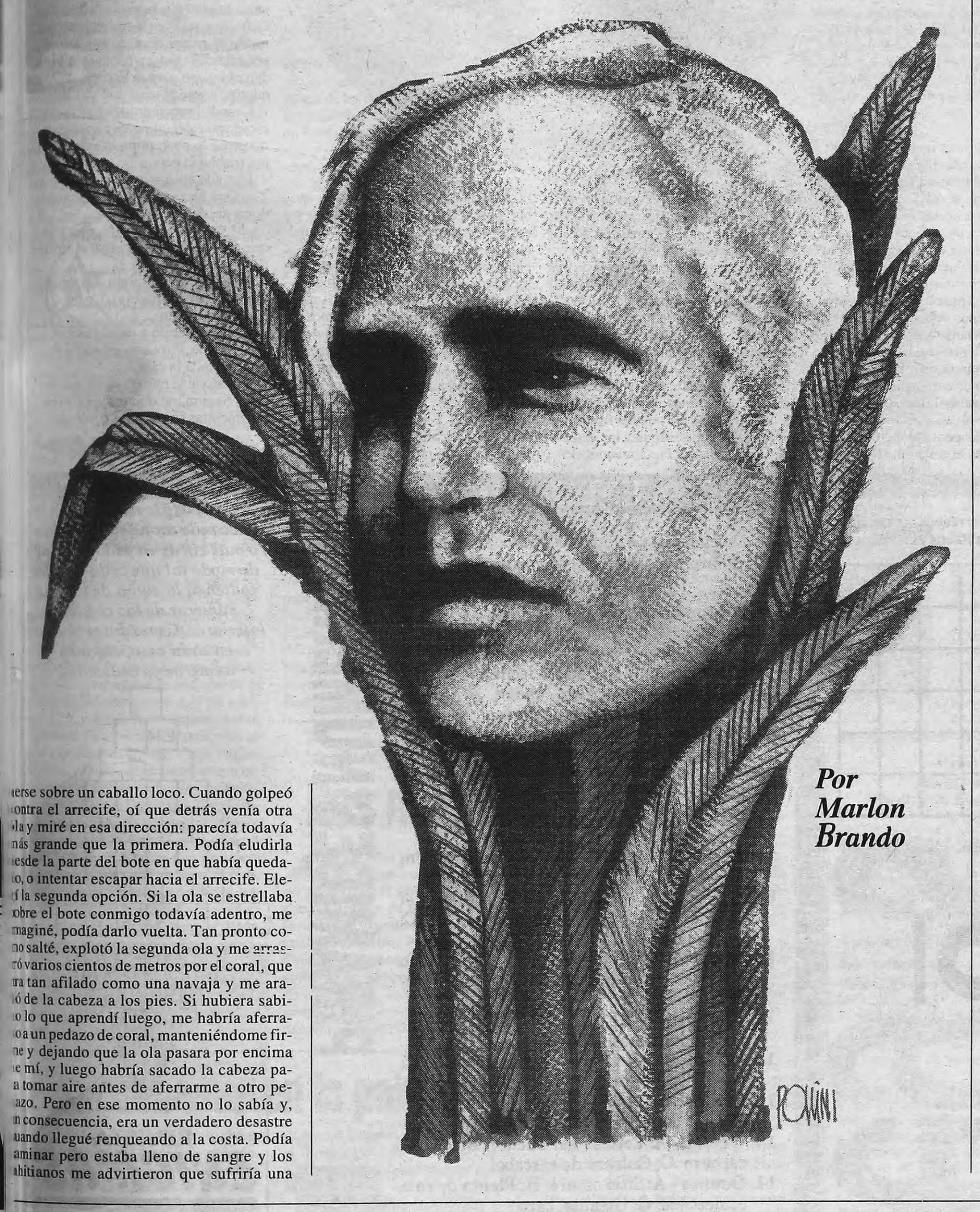
Poco después de volver a California, Madame Duran murió.

Una vez que me convertí en el dueño legítimo de Teti'aroa en 1966, arreglé que me llevara a la isla un bote del gobierno desde Papeete e hice el desembarco final en un bote más pequeño cargado con algunas de las cosas que necesitaría en la isla. Embarcarme rumbo a Teti'aroa fue uno de los momentos de más profundo entusiasmo que he vivido. Eramos alrededor de diez en dos botes, mis amigos tahitianos y yo. Cuando el bote del gobierno nos dejó del otro lado del arrecife, la marea era demasiado alta para intentar acercarnos a la costa a través del canal que había utilizado en viajes anteriores; sin embargo, uno de los tahitianos dijo que conocía un paso del otro lado de la isla, de manera que dimos la vuelta y el primer bote llegó a la costa enseguida. Yo iba en el segundo, un gran bote a remo cargado hasta el tope con diversas cosas; una máquina de cortar pasto, un barril de cerveza, un generador eléctrico, palas y otras herramientas, todas en cajas que los cinco pasajeros usábamos como asiento. Mientras nos deslizábamos hacia el arrecife siguiendo la huella del primer bote, sentí que la corriente empezaba a empujarnos hacia la isla y, frente a nosotros, vi una fila tras otra de olas de unos dos metros o tres metros de altura. Se elevaban, parecían detenerse durante un momento de incertidumbre, luego caían de repente y golpeaban el acantilado con fuerza explosiva. Más adelante, me enteré de que cuando una gran ola tahitiana golpea un atolón de coral como Teti'aroa, el bolsillo de aire que hay debajo de la curva de la ola está densamente compactado por el peso de ésta y cuando rompe sobre el arrecife, el aire comprimido que se libera estalla con una energía feroz, a menudo lanzando al aire una torre de agua de treinta o más metros de altura. Observamos este espectáculo estupendo de la naturaleza desde afuera del arrecife, sacudiéndonos y esperando el momento adecuado para acercarnos a la costa. Un tahitiano ubicado en la parte delantera del bote vigilaba las olas y de pronto dijo en tahitiano: "¡Vamos!". Los cinco remamos lo más fuerte que pudimos y nunca me divertí más en mi vida. ¡Qué aventura, llegar a la costa de mi isla por primera vez! Pero de pronto me di cuenta de que no íbamos a ningún lado; entonces advertí que íbamos hacia atrás. Remábamos lo más rápido que podíamos pero íbamos al revés. Me di vuelta y vi una ola que debe de haber tenido nueve metros

de altura avanzando desde atrás con mi nombre escrito en ella. Decía "Bienvenido a Tahití, Marlon". Miré instantáneamente el arrecife de coral que teníamos frente a nosotros y no pude creerlo: se había convertido en una enorme colina de piedra de un lindo tinte rosado. Como una inmensa bomba, la ola que se alzaba detrás de nosotros había chupado casi toda el agua del arrecife y la retenía en su gigantesco puño que estaba a punto de aplastarnos. Nos golpeó como Joe Louis y cuando el bolsillo de aire comprimido detonó nos lanzó hacia el cielo. Nos hamacamos dos o tres veces en el cielo, montados sobre el extremo de la ola, y luego salimos disparados hacia el duro arrecife rosado, acercándonos a él a una velocidad que nos pareció de ciento cincuenta kilómetros por hora en un ángulo de noventa grados. Los tahitianos saltaron, pero yo no me moví lo bastante rápido. El bote se estrelló contra el arrecife primero y luego se partió en dos, conmigo aferrado a una de las mitades como un jinete que intenta mantenerse sobre un caballo loco. Cuando golpeó contra el arrecife, oí que detrás venía otra ola y miré en esa dirección: parecía todavía más grande que la primera. Podía eludirla desde la parte del bote en que había quedado, o intentar escapar hacia el arrecife. Elegí la segunda opción. Si la ola se estrellaba sobre el bote conmigo todavía adentro, me imaginé, podía darlo vuelta. Tan pronto como salté, explotó la segunda ola y me arrastró varios cientos de metros por el coral, que era tan afilado como una navaja y me arañó de la cabeza a los pies. Si hubiera sabido lo que aprendí luego, me habría aferrado a un pedazo de coral, manteniéndome firme y dejando que la ola pasara por encima de mí, y luego habría sacado la cabeza para tomar aire antes de aferrarme a otro pedazo. Pero en ese momento no lo sabía y, en consecuencia, era un verdadero desastre cuando llegué renqueando a la costa. Podía caminar pero estaba lleno de sangre y los tahitianos me advirtieron que sufriría una grave infección a raíz del coral.

En la isla no había antibióticos, de manera que tenía que volver a Papeete para ver un médico. Enviamos un mensaje por radio pidiendo socorro pero el bote del gobierno demoró cuatro días en volver. Esa vez traía un bote especial con casco chato que los tahitianos llamaban salta-arrecifes. Esperaban que pasara una ola y luego intentaban deslizarse sobre el arrecife antes de la siguiente.

Desde la isla, vi cómo llegaba el bote del gobierno y bajaban el saltaarrecifes en el océano. Un hombre alto y distinguido con cabellos canosos entró en él seguido por ocho tahitianos más jóvenes. Me pareció que era el jefe. Tenía un aspecto orgulloso, patricio. Mientras los hombres más jóvenes esperaban sus órdenes con sus largos remos extendidos, se puso de pie y exploró el arrecife como un antiguo lobo de mar, esperando que se produjera una pausa en las olas y llegara el momento adecuado; me recordó a los héroes legendarios de la antigua Polinesia. Se percibía que tenía mucha experiencia. Esperó unos veinte minutos, inspeccionando las olas, sondeando la velocidad del viento, estudiando la forma de la marea y la rompiente. Las olas eran tan grandes y poderosas como cuatro días antes, pero el hombre de cabellos canosos parecía totalmente confiado y seguro de sí mismo. Al fin, miró alrededor y dio la señal. Los ocho hombres empezaron a batir sus remos y el bote avanzó como un cohete hacia la costa, como si lo propulsara un motor de doscientos caballos de fuerza. Yo estaba muy impresionado; era un espectáculo digno de verse. Pero entonces vino una ola de atrás y derribó el bote desde unos diez metros de altura. Todos salieron volando, la mitad fuera del arrecife y otra mitad adentro, y los remos fueron a parar a cualquier parte. El bote se dio vuelta de costado, luego empezó a avanzar con el fondo hacia arriba como un bizcocho empapado. De pronto sentí que tenía que repensar todas las leyendas acerca de los tahitianos y su conocimiento del mar.



Por Marlon Brando

Más tarde me enteré de que los polinesios que viven en islas altas pocas veces saben demasiado acerca de cómo se vive en las islas bajas, y viceversa. Los hombres con los que había llegado a la costa la primera vez y los que vinieron a ayudarnos la segunda no estaban acostumbrados a desembarcar en un atolón como Teti'aroa, situado a sólo dos metros y medio sobre el nivel del mar. A unos pocos centímetros de la costa se hunde abruptamente a setenta grados hasta una profundidad de alrededor de seiscientos metros. Cuando viene una ola enorme, el arrecife arrastra el agua de abajo y entonces la ola estalla y arroja al coral cualquier bote que esté mal ubicado, como si fuera un émbolo. El arrecife que rodea Teti'aroa puede destrozar el fondo de un bote con la eficacia de una sierra mecánica, como lo atestigua el naufragio de por lo menos diez navíos a lo largo del arrecife. Una vez, varios años después de comprar la isla, una familia de California que volvía a su hogar desde Australia se estrelló con su barco a vela en el arrecife y nadó hasta la costa de una de las islas. Exhaustos, sin comida y terriblemente conmocionados por el accidente y la exposición a la naturaleza, permanecieron en la isla durante una semana, sintiéndose sobrevivientes de un naufragio al estilo de la familia suiza Robinson, hasta que vieron un bote que pasaba y los pescadores les dijeron que se hallaban apenas a un par de kilómetros del hotel que yo había construido.

La vez siguiente que viajé a la isla, unos meses después, dejé Papeete a bordo de un barco de vela con tres mástiles y aparejos cuadrados, el "Cartaginés", que ancló fuera del arrecife, y fuimos hasta la costa en un pequeño bote a través de un mar plácido. Atravesamos el oleaje sin ninguna dificultad y salté del bote para nadar por el arrecife. Había tantos peces por todas partes –peces hermosos de todos los colores y matices– que podría haber cerrado los ojos y alcanzar uno con un arpón dondequiera que lo lanzara. Ya en la playa, caminé hasta el extremo de una de las islas. Extendiéndose a partir de ella había una larga y estrecha franja de arena que entraba unos quinientos metros en el mar y, en un extremo, cerca del borde del agua, había una palmera de apenas unos centímetros de alto. A esa altura estaba oscuro y decidí recostarme a su sombra. Había cocos desparramados cerca de la base del árbol y advertí que tenían forma triangular. Tomé uno y me di cuenta de que introduciéndolo en la arena podía formar una maravillosa almohada. Me recosté con la cabeza sobre el coco, los pies en el agua y contemplé el cielo mientras una brisa sensual me acariciaba el cuerpo. La temperatura del agua era casi la misma que la del aire que me rodeaba. Entonces, por un momento, recordé la gran cara agotada del señor Underbrink retándome desde su escritorio de rector en la escuela secundaria de Libertyville, mientras me sermoneaba diciéndome que yo nunca llegaría a nada. "Si usted es tan brillante, señor Underbrink -pensé- ¿por qué no tiene una isla?" Dormí bajo la palmera hasta el alba, pero antes de entrar en el sueño miré las estrellas y reflexioné.: "Aquí estoy, en mi diminuto espacio de tierra perdido en el enorme océano de un planeta que gira en el medio de una zona inconcebiblemente grande que llamamos espacio, y estoy durmiendo sobre los esqueletos de animales muertos" (el material del que están hechos los arrecifes de coral). Desde esa noche, nunca más me consideré dueño de la isla, sino apenas alguien que había pagado por el privilegio de visitarla. Pienso en todos los tahitianos que han estado allí antes que yo, se han recostado en la misma playa y mirado las mismas estrellas hace quinientos o mil años, y percibo su espíritu cada vez que voy a Teti'aroa.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Atlántida



Resumen: *Pirovano –ex arquero, representante de jugadores y quién sabe qué más– tiene problemas: con Bárbara, la mujer de su amigo, el zaguero Sebastián Armendáriz; con su hija Dolores –que teme sea objeto de la represalia de sus enemigos– y con sus amigos, los luchadores de Gigantes en la Lona, amenazados. El veterano Etchenique cree que "Paredón" y el oscuro Ibrahim manejan la trama.*

10 GRANDE, PIROVANO

La tarde del jueves fue particularmente densa. Desde el día anterior habían sucedido demasiadas cosas y yo no atinaba sino a correr –tarde y maldetrás de la gente y los hechos consumados. Había que parar.

Primero, con Vicky, coordiné la inmediata mudanza de Dolores –sin el rubio, que se movió evasivo unos minutos hasta que desapareció, cariñosamente despedido– y postergué hasta el sábado, en la reunión con el licenciado Zapata, las debidas explicaciones a una y a otra. En principio, era cierto que le había ofrecido la seguridad de mi domicilio al chamuscado Troglodita, y para eso necesitaba espacio, aunque ambas sospecharon que no era ésa la razón.

Estuve a punto de hacerle escuchar a mi hija la amenaza telefónica y el contexto que justificaba mi irrupción tipo comando pero opté por simular paranoia sólo basada en el episodio del fax del tatuaje. Ella estaba tan asombrada de que no le dijera nada respecto de su manera de festejar el examen final que, a cambio de una mudanza que no estaba en sus planes, sólo me pidió complicidad para ocultarle a la madre la mera existencia de un dragón en su antebrazo y de un rubio en su cama.

–De acuerdo –dije–. Sólo te pido que no aparezcas por acá, ni siquiera llames por una semana. Si tenés a dónde irte, mejor.

–¿Una mina?

Sonreí, dejé que imaginara a gusto.

La metí en un taxi sin demasiadas explicaciones pero con la mochila y un beso, y sentí que estaban muy lejanos los tiempos del transporte escolar.

Llamé a Gatti para pedirle que fuera solo a ver el departamento de Corrientes para la Escuela de Arqueros; quedamos en vernos a la noche en la platea de Vélez. No atendí dos llamados de Bárbara y después de avisarle a Mopi que estaba todo bien y que no pasaría por la oficina, cargué el bolso con la ropa deportiva y salí. El carayá me asaltó a la salida del ascensor y lo devolví volando escaleras arriba. Le encantó.

Primero pasé el trance humillante de volver, ya más tranquilo, al local de Mango, el tatuador de Boca.

Recuperé el revólver entre cargadas y, aunque no les di demasiadas explicaciones, los pibes estuvieron de acuerdo en tratar de recordar todo lo que pudiera ser una pista para localizar a Bowie y sus amigos.

De ahí fui a buscar el Escarabajo y a las seis menos veinte –apenas cuarenta minutos tarde– estacionaba frente al Mr. Bolivia Gym, una casona reciclada para gimnasio mixto en pleno Caballito donde entrenaban los diezmados Gigantes en la Lona. –Creímos que habías arrugado... Te están esperando –dijo Roperito al recibirme en la puerta junto al emparchado "rusito Rudzky", tal como me lo presentó.

Les confesé que había estado a punto de hacerlo. Y brevemente los informé sobre mis pánicos de padre mientras seguíamos con la mirada el ir y venir por los pasillos de los probables mejores lomos de la zona.

–Los fierros las endurecen mucho –comentó Aguirre, un exquisito.

No me pareció tan grave.

Durante las dos horas siguientes me sometieron a una rutina brutal, propia de Boina Verde. Sé que los sorprendí. No creían que estuviera tan entrenado para la pelea. Precisamente, debí cuidarme en desaprender lo que sabía: no lastimar, no golpear, fingir y exagerar rodadas y caídas. Convinimos en que adoptaría un estilo simple, no acrobático, y me asignaron para la lucha del sábado al Troglodita. Con Zolezzi de partenaire, el más curtido y seguro de todos, practicamos y repetimos cuatro o cinco situaciones. Como yo era "el bueno", mi tarea sería menor y más fácil. La última toma, la ganadora, dejaría al Troglodita despatarrado panza arriba. Lo hacía muy bien. Y se reía; le gustaba hacerlo, era feliz ahí arriba, haciendo de malo, echando gruñidos y zarpazos.

Cuando terminamos, como yo iba para Liniers me ofrecí en llevar al rusito y a Zolezzi, que debía recoger de su pieza en Ramos Mejía las pocas cosas que había logrado salvar del incendio. Me confirmó que esa noche dormiría en casa y le di la llave de Dolores, que había traído para él.

No fue fácil meter esos cuerpos casi entorpecidos de músculos en el Escarabajo. Pese a las heridas, golpes y atentados, estaban de muy buen humor. A nadie se le ocurría borrarse ni postergar el debut. Todo eso pasaría. Ellos –y era verdad– no le habían hecho nada a nadie. El caso "Paredón" les resultaba en el fondo inexplicable y de algún modo lo negaban.

Cuando bajaron, el auto se conmovió por el movimiento de tanto peso y las risotadas.

Llegué temprano a la cancha. Faltaba media hora para el partido; fui hasta la platea semivacía, hablé con Gatti –que se divertía en divulgar pormenores exagerados de mi atajada presidencial– que ya había señado el departamento para la Escuela de Arqueros, y bajé al vestuario visitante.

Cuando lo encontré a Sebastián haciendo precalentamiento y no me sonrió pensé lo peor, últimamente siempre pasaba lo peor.

Pero fue apenas un instante.

–¿Qué hacés acá? –dijo palmeándome sin dejar de moverse.

–Mirá lo que me llegó –dije y saqué el fax–. No podía esperar, quise darte la sorpresa.

–¿Del Sttutgart? –y ahí sí se quedó quieto, agarró el papel–. ¿Cuánto?

–Palo y medio.

Pegó un alarido y me abrazó:

–¡Grande, Pirovano, grande! –y se reía con toda la cara.

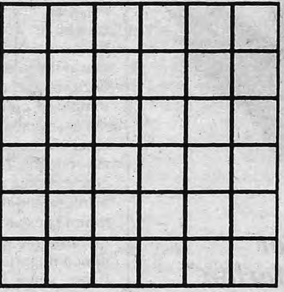
Yo desvié la mirada: en un rincón, Ariel Segura me observaba en silencio mientras se ataba los cordones.

El martes: **11. Ultima toma.**

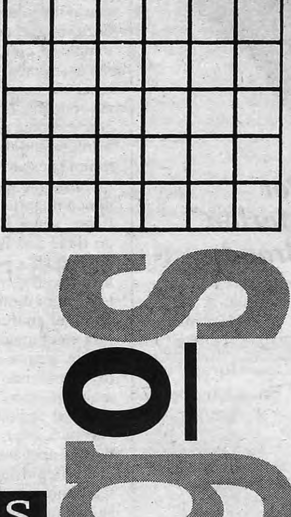
Juegos

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

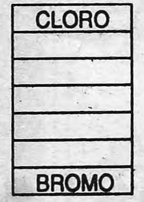






ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.



Escaleras

A. Cloro, claro, clamo, álamo, alomo, aromo, bromo. B. Azul, azur, azar, arar, aras, tras, tris, gris.

ACADEMICO

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cinco B y cinco C.

1. **Lloqui** - **A:** Embarcación pequeña. **B:** Tela de algodón. **C:** En Perú, madera nudosa.
2. **Mechificar** - **A:** Burlarse de alguien. **B:** Hacer mechas. **C:** Batir la leche en un odre.
3. **Medersa** - **A:** De baja calidad. **B:** Campo pequeño. **C:** Colegio musulmán.
4. **Mefítico** - **A:** De cierto período geológico. **B:** Rico en mercurio. **C:** Irrespirable, fétido.
5. **Mego** - **A:** Manso. **B:** Egoísta. **C:** Ignorante.
6. **Meláfido** - **A:** Mineral formado por cristales blancos. **B:** Roca negruzca. **C:** Color negro que toman los tejidos orgánicos.
7. **Obito** - **A:** Obstáculo, estorbo. **B:** Defunción, fallecimiento. **C:** Pago.
8. **Oblación** - **A:** Acción de extraer órganos del cuerpo humano. **B:** Ofrenda hecha a Dios. **C:** Obcecación.
9. **Obrepción** - **A:** Falsa narración de un hecho ante una autoridad. **B:** Súplica, invocación. **C:** Infección.
10. **Obsidiana** - **A:** En la mitología griega, ninfa. **B:** Idea obsesiva. **C:** Piedra vítrea.
11. **Occipucio** - **A:** Cogote. **B:** Piel del pene. **C:** Canilla, tobillo.
12. **Ocelo** - **A:** Animal carnívoro de México. **B:** Cizaña, discordia. **C:** Ojo de ciertos insectos.
13. **Ocena** - **A:** Fetidez del aliento. **B:** Hidrocarburo. **C:** Culebra de cascabel.
14. **Ocumo** - **A:** Sitio oscuro. **B:** Planta de raíz comestible. **C:** Gigante, ogro.
15. **Oídio** - **A:** Organo de la audición. **B:** Hongo microscópico. **C:** Unidad de resistencia.

CALIFICACION

15 puntos ______________ académico
11 a 14 ______________ maestro
6 a 10 ______________ bachiller
5 ó menos ______________ alumno

Académico

1. C; 2. A; 3. C; 4. C; 5. A; 6. B; 7. B; 8. B; 9. A; 10. C; 11. A; 12. C; 13. A; 14. B; 15. B.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

	234						
	29						
		14	13				
	9						
5		4		2			

